

la ilustre sombra, exclamó:—«¿Quién eres, tú, demonio de las visiones funebres, que me sigues por todas partes sin que jamás pueda verte?»—«Soy tu crimen»—contestó la voz.

Llenóse entonces la tumba de una luz extraña, semejante a la claridad que lanza Dios cuando se venga, y co-

mo las palabras que vió resplandecer Baltasar, dos palabras escritas en la obscuridad, brillaron ante los ojos de César. Bonaparte, temblando como un niño al que abandona su madre, levantó el rostro pálido y leyó estas palabras: *¡Diez y ocho Brumario!*
Jersey, noviembre de 1852.

LIBRO SEXTO

LA ESTABILIDAD ESTÁ ASEGURADA

I

NAPOLEÓN III

Esto es hecho: al oír que el cañón ruge de vergüenza te has agazapado, pigmeo inmundo, debajo de ese nombre; su gran gloria te sirve de escudo, de habitación y de refugio. En el sombrero de Essling, pones tu orgulloso plumero, te calzas sus botas, pequeño Poucet; te apoderas del nombre de Napoleón, haciendo trabajar a tu tío, y que como alegre cotorra salte el águila de Mondovi de percha en percha. Ther-sites ha resultado ser el sobrino de Aquiles Péliade. Por ti se ha cantado esa Ilíada memorable; por ti se han empeñado combates asombrosos; por ti apareció terrible y dando fuertes latigazos a su ejército el famoso Murat, en presencia de los asombrados rusos; por ti avanzaban lentamente, al través de las llamas y del humo, los valientes granaderos; por ti derramaron su sangre, en aquellas guerras épicas; por ti sa-

lian de sus fundas los sables que hacían temblar al entero Continente; por ti se estremeció Londres; por ti ardió Moscou. Y se llevaron a cabo tantas hazañas para tus Deutz y tus Mascarillas para que pudieras beber en compañía de jóvenes alegres, de noche en misteriosos salones del Louvre; es por el señor Fialin y por el señor Mocquart por quienes cortaron el muslo de un balazo a Lannes, y murieron en la mitad de su carrera Lassalle en Wagram, Duron en Reichenbach, y pereció en Waterloo la guardia veterana; para ti se llevaron de cadáveres montes, barrancos y llanuras. ¡Bellaco! Te enriqueciste haciendo pasar el precioso botín del hombre del destino a tus manos, esto es, a las manos del hombre del azar, e impudentemente te ciñes en las sienes coronas que no te pertenecen. A cada momento oímos chasquear en tus manos el látigo prodigioso que sojuzgaba a los reyes; llamándote Napoleón III te apoderas de una gloria que no es tuya, de la gloria de Austerlitz, de Marengo, de Rivoli y de San Juan de Acre.

Jersey, diciembre de 1852.

pontón las recibe. Sin vestidos y sin pan, cruzan el mar, viudas, solas en el mundo, comiendo con los dedos el rancho inmundo.

Bruselas, junio de 1852.

II

LAS MÁRTIRES

Esas mujeres que envían a lejanas cárceles, son, pueblo, tus hermanas, tus madres y tus hijas; su crimen consistió en haberte amado. París encorvado, sangriento e inanimado, presencia esos horrores con silencio feroz.

Las que llevan una mordaza en la boca gritaron:—«¡Abajo la traición!» Aquellas mujeres que representan la fe, la virtud, la razón, la equidad, el pudor, la dignidad y la justicia, las encierran en San Lázaro. Un día caerá el rayo sobre este edificio y no quedará piedra sobre piedra. Esta cárcel las recibe, y cuando les llega el turno se abre y las vuelve a vomitar por sus horribles puertas, arrojándolas en los inmundos furgones que se las llevan. ¿A dónde van? El olvido lo sabe, la tumba se lo refiere al ciprés y éste se lo dice al buitre.

Una de ellas era una respetable madre. El día que se la llevaron a Africa sus niños fueron a despedirla y la quisieron abrazar, pero se lo impidieron. Los echaron de allí y la madre se quedó llorando. El pueblo, con las lágrimas en los ojos, pide esta gracia. La puerta del furgón es estrecha y baja; un capacity de presidio, robusto como un toro, las obliga a entrar a fuerza de empujones y puñetazos. Y así se ven, enfermas, encerradas en el sombrío coche celular, en el que el cautivo sin aire, sin luz, sin llanto en los ojos, no es más que un muerto vivo colocado en su ataúd. Durante el trayecto, el pueblo enervado oye sus lamentos desesperados. En Tolón, el furgón las deja y el

III

HIMNO DE LOS TRANSPORTADOS

Hacia ti, Dios misericordioso, elevamos las manos y los ojos. Los que te ofrecen en estos momentos sus lágrimas y sus cadenas, son los más desgraciados de los desgraciados. Pero deben tener mejor premio los que más padecen.

*

* *

Sufram, que al crimen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasáis; en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y día; pájaros, contadles nuestras miserias; vientos, llevadles nuestro cariño.

*

* *

Te consagramos nuestro pensamiento. Te suplicamos, Señor, que aunque olvides a los proscritos, devuelvas su gloria a la Francia abatida, y que nos permitas morir, a nosotros los desventurados, a los que el día fúlgido entrega a la noche oscura.

*

* *

Sufram, que al crimen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasáis;

en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y día; pájaros, contadles nuestras miserias; vientos, llevadles nuestro cariño.

*
**

Como arquero que da en el blanco, el implacable sol nos hiere con sus rayos; y después del duro trabajo, no podemos conciliar el sueño. La fiebre, ese murciélago que sale de los negros pantanos, ciernen sobre nosotros sus invisibles alas.

*
**

Suframos, que al crimen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasáis; en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y día; pájaros, contadles nuestras miserias; vientos, llevadles nuestro cariño.

*
**

Tenemos sed, y el agua nos abrasa la boca; tenemos hambre, y nos dan pan negro; estamos enfermos, y nos hacen trabajar excesivamente; en este desierto feroz, a cada golpe que da la azada, la muerte sale sonriendo debajo de tierra, toma al hombre en sus brazos, le estrangula y desaparece.

*
**

Suframos, que al crimen ya le tocará su turno. Pájaros y vientos que pasáis; en sus chozas, nuestras madres y nuestras hermanas están llorando noche y día; pájaros, contadles nuestras miserias; vientos, llevadles nuestro cariño.

Jersey, julio de 1853.

IV

CANCIÓN

Nos paseábamos por entre los escombros en Rozel-Twer, y oímos las palabras sombrías que decía el mar:

El inmenso Océano—nosotros oíamos la canción de sus ondas—murmuraba:—«Apareced, horizontes azules y verdades sublimes.

«El mundo, cautivo en mano de los opresores, está sin reglas y sin leyes; remontaos a los cielos, a las grandes águilas, espíritus de los pensadores.

«Naced, elevaos sobre las olas sonoras, ascended al espacio, haced que en la noche despunten vuestras auroras, pueblos y soles.

«Dejad pasar a la bruma y al rayo, y los vientos y a los clamores, afrontad la tempestad, afrontad la espuma, rocas y proscritos.»

V

DESLUMBRAMIENTOS

«Oh tiempos milagrosos! ¡oh alegrías homéricas! risas de la Europa y de las dos Américas, fenómenos vivos, sucesos inauditos, enormidades expuestas a la luz del día; el alquitrán declarado fétido por el sebo, Judas olfateando a Shylock, y diciendo: es un judío; el arsénico indignado denunciando a la morfina, la banasta injuriando al guardacantón, Mesalina reprochando a Góton el mirar lascivo, y Dupin acusando a Sauzet de cobardía; Falstaff señalando con el dedo el vientre de Sileno; Lacenaire sonrojándose y diciendo con

la vista baja: He visto pasar a Castaing; todo esto se ve en estos tiempos, que me creo con derecho a examinar; como mi destino es sufrir, el reír será mi recompensa. No sé cómo se las compondrá la pobre Clio para salir de semejante *imbroglio*. Penetra mi imaginación en el fondo del actual reinado, cuando no pudiendo conciliar el sueño, paso la noche asomado a la ventana, y cuando pensativo veo en la obscuridad y a través del agua brillar el faro cerca de Saint-Malo.

«Luego este momento existe! ¡No es ilusión! Es real, aunque parece imposible. El imperio se levanta reformado por algunos bribones. Napoleón el Grande dormía en su tumba y le había absuelto la patria; cuando de pronto prepararon una emboscada y unos bandidos se entregaron a horrible carnicería, que duró todo un día, desde la noche hasta la mañana siguiente; y de esa carnicería surgió Napoleón el Enano. El destino, ministro implacable de la expiación, tiñó su dedo siniestro en la sangre derramada, para bosquejar, como afrenta de la pasada gloria, esta caricatura en las paredes de la gran tumba.

Este nuevo mundo prospera; la desvergüenza en él está rechoncha... época extravagante. Reina este *cockney* (1) de Eglinton y de Epsom, el cual, puesta la mano sobre el corazón, exclama: Yo miento, *ergo sum*. Los días, los meses y los años pasan; el flemático, el obscuro somnábulo, convirtiéndose de repente en frenético, a quien Schœlcher denominó el presidente Obús, reina continuando en abusar de los crímenes, y al mediodía anda y se

(1) Pilluelo, hijo de Londres, de la clase baja (N. del T.)

pasea ese ser horrible que insulta a la dignidad humana. Se muestra, seguido por un rebaño de Suins y de Fortoulo, que ostentan sus desnudeces cínicas, y que, como Baroche, ni siquiera se tapan con la hoja de parra. Se burla de Maquiavelo, enseñándole su palabra de honor, tendida en el suelo y muerta en duelo. Siembra oro, y asombra con su largueza. Magnán abre las garras y Troplong alarga la pata. Todo va bien, los bribones ayudan a su jefe, todo es justo, todo es bueno, todo le sostiene, la Iglesia le canta el *Te Deum* y la Opera le aplaude.

Leyes, costumbres, señor y criados, todo está a un mismo nivel. Es éste un vivac de pordioseros, espléndido y radiante. El más despreciable aplaude y dice: ¡ánimo! Esto es horroroso. El cerco parece una empalizada. ¡Qué colección! ¡qué hombres elegidos! ¡qué Ojo-de-buey! Unos proceden de Loyola, otros de Babeuf. Jamás venecianos, romanos o bergamascos vieron pasar una mascarada más silbada. La sociedad camina sin objeto, sin luz y sin derecho, y el forro de la casaca lo lleva por fuera. La inmundicia llega hasta la cumbre del Estado. Los traperos van durante la noche husmeando su presa y alargando los ganchos hacia el Senado.

Mirad, ese bellaco normando, ese corso o ese auvernés, habría envejecido siendo un pícaro y muerto siendo un criado; ahora es primer presidente, prefecto, ministro. Ese truhán católico vivía, poco tiempo ha, flacucho, demacrado, más bien en casa de Flicoteaux que en la de Chevez; ocupaba la trastienda de un ropavejero sin más mobiliario que un camastro, que le arreglaban su portero, y borroneaba cuartillas exhalando en torno suyo el hedor de un

perro mojado. Ahora forma parte del Consejo de Estado, con veinticinco mil libras anuales de sueldo. Ese hombre cillo había sido tenedor de libros en la rubia Marsella, el país del mistral, falsificando los registros; ahora es procurador general. Ese otro, que recorría las ferias con un mono, es diputado; el de más allá, que careciendo de ropa interior, asaltaba las azoteas para robar, durante la ausencia de los inquilinos, las prendas que había tendidas; ese cínico, que el más perverso no iguala, era bandido ayer, hoy es magistrado. Esos de ahí, capellanes de la pandilla, que agazapados junto al santo Pedro le dictan una encíclica, son los gaceteros más poderosos y encumbrados, porque son los amigos particulares de Dios. Cuando esos santurriones hablan del templo como de su propia casa, tienen razón; yo les aplaudo cuando les veo afectar intimidad con los santos del cielo. Veni-lot hubiera podido vivir con San Antonio. Aquél es general, como hubiera podido ser canónigo, porque está gordo y ostenta triple barbilla. Ese otro era estafador; aquel ha recibido más de veinte palizas; el de más allá, admirable canalla que, cuando el cierzo de enero nos pellizca y atenaceza, rompía los talones de unos zapatos viejos, y para resguardarse del frío se ponía dos pantalones cuyos agujeros no caían, por fortuna, unos encima de otros, es hoy senador y se regodea en el imperio. Se hechan de menos los tiempos en que se vivía en las cloacas. Ese abdomen se llama Hautpoul, esa nariz se llama Argout. Ese sacerdote es la vergüenza en estado de prodigio. Pasemos rápidamente. La historia abrevia, describiendo a Rayer con un latigazo y a Mongi con un puntapié; y Royer se rasca y Mongis se sienta. ¿Qué les importa es-

afrenta? el oprobio les engorda. En cuanto a su amo, que detesta los curiosos, la prensa y la tribuna y no quiere que brillen en su reino ni miradas ni testimonios, debe estar contento, pues sus éxitos son mayores de lo que pudiera esperar. César, con su corte, su poder, su cuadriga, sus leyes y sus servidores, ve que ningunos ojos se levantan ni ninguna nariz olfatea.

Tomad ese Beauharnais y tomad una lupa; inclinaos, mirad al hombre y escrutad en su familia; no encontraréis ni la sombra de un buen instinto: todo es vil y feroz. En ellos el hombre se ha extinguido, y la perfección de esos bribones inmundos consiste en que el alma se sumerja en profundo estu-

A esta hacina se junta otro montón de horribles dominguillos, de Triboulets y Sanchos Panzas, que han recibido dinero de veinte gobiernos. No hay indignidad que falte a esos hombres, Rufinos asmáticos, Verrès gotosos, Séjans despeados, sillas de todos los tiranos, senadores de todos. Son el antiguo soldado y el antiguo burgomaestre que mataron a Luis XVI y votaron con Maistre, que tienen un sillón en todos los Luxemburgos, que habiendo visto a los Maury se inclinan de parte de los Sibours. Están alegres, y contando sus antiguas jaranas agitaban sus viejas pelucas y sus viejas cabezas. Habiendo sido, en los tiempos que ellos tenían un caballo, cobardes bajo el tío, son abyectos bajo el sobrino. Grandes mandari-

nos chinos, adorando al tártaro le llevan su corazón, sus virtudes, sus catarrros, y, postrándose a los pies de su magestad, la bajeza deformada en imbecilidad.

Esa cuadrilla se abraza, entregándose a la alegría. ¡Qué colección de buitres y de gansos!

Emperadores romanos que estáis hoy cerrados bajo las losas del sepulcro, decídmelo, si podéis, dónde se encuentra el límite, dónde termina la cobardía pública y la vileza humana; vosotros que hacíais discutir en el Senado los rodaballo, tú, la última Lagida, reina de cuello de cisne, y tú, sacerdote de Alejandro VI, que sólo piensas en la viña del Señor; dímelo tú, Nemrod, que aborreces al cielo; Jerjes, que azotas al mar; Caifás, que tejiste la corona de espinas; Claudio, que después de Mesalina desposaste a Agripina; Cayo, que fuiste César; Cómodo, que fuiste elevado a la jerarquía de los dioses; decídmelo vosotros, Itúrbide, Rosas, Mazarrino, Richelieu, frailes que expulsáis al Dante y destruíis a Galileo; Santo Oficio, Consejo de los Diez, Cámara estrellada, y vosotros, sultanes, los Mourads, los Achmets y los Scilms; papas, duques, emperadores, príncipes, montón de Tiberios, verdugos siempre ensangrentados y divinizados siempre; tiranos, indicadme, si lo sabéis, el lugar, el punto, el límite donde cesa la cobardía pública y la humana bajeza.

Y el arco del violín, estremeciéndose, hace saltar allí a todo el mundo. Se bai-

la en el Municipio, el Luxemburgo está de fiesta. Bailan los jueces la danza de la espada. ¡Cabriola, oh Dombidau, con la onomatopeya!; ¡polcad, Fuld y Maupas, con vuestros carteles; ¡tú, Persil-Guillotina, a la sombra de tu cuchilla!; Valsad, Billauet, Parieu, Drouyn, Lebœuf, Delangle! ¡Danza, Dupin, danza horrible bufón! ¡Danzad, hienas, lobos, chacales, no conocidos por Buffon, Leroy, Ferey, matachines, con vuestros aceros enmohecidos! ¡Danzad, danzad, Berger, d'Hautpoul, Murat, calabacines!

Los que gobiernan en ese reinado, comen, beben, se ríen y bailan; y entretanto hay hombres que agonizan en el destierro, en Cayena y en Blidah; y en el *Duglesquin* y en el *Canadá* mueren consumidos por la fiebre y por la miseria niños de diez años, es decir, malvados que se deben exterminar; y las madres que los lloran no saben si quiera dónde yacen los cadáveres de sus hijos. El verdugo reaparece saliendo de su antro, y por la noche, en execrables carretas que atraviesan la ciudad, se ve algo que salta dentro de los cestos ensangrentados... Dejadme huir a las orillas del mar, dejadme ver el movimiento del oleaje. Jersey, pueblo libre que sonríes en el seno de los mares sombríos; en ti florecen las retamas y paca el cordero en tus prados; la espuma blanquea tus olas y mi corazón encuentra tranquilidad en tu suelo hospitalario.

De vez en cuando aparecía en las cumbres de las colinas, agitadas por el viento sus ásperas crines, un caballo espantado que relinchaba a los cielos.

Jersey, mayo de 1853.

VI

A LOS QUE DUERMEN

¡Despertaos! Basta ya de oprobio; tomad pólvora y fusiles, que ya sube la marea. ¡Basta de ignominia, ciudadanos! Remangaos las mangas de las blusas; los hombres del noventa y dos combatieron con veinte reyes; rompéd las cadenas, forzad las cárceles; ¿tenéis miedo a estos pigmeos? vuestros padres desafiaban a los titanes.

¡Levantaos! Aniquilidad a la horda y a su jefe; tenéis de vuestra parte a Dios, y contra vosotros al sacerdote, pero Dios sólo es soberano; ante él nadie es fuerte y todo es perecedero; echa al enorme tigre de los arenales y al dragón marino, con la facilidad con que se expulsa a un perro; sólo soplando, como se hace volar a un pájaro que se posa sobre un árbol, puede hacer volar de su templo de mármol a los ídolos de bronce.

Nada importa que carezcáis de armas. Tomad unos la horquilla, otros el martillo, arrancad los goznes de las puertas, llenaos de piedras los bolsillos y confiad, que podéis volver a ser la gran Francia y el gran París. Libertad, temblando de coraje, a la patria de la esclavitud y del desprecio a vuestra memoria.

¿Será preciso que os recuerde a los realistas? Fueron héroes en los días de su lucha suprema; la bravura se ostentaba por igual en los dos bandos. ¿No es verdad, país bretón, país de la Vendée? Para vencer un baluarte, para romper una muralla, para tomar ciertos cañones que vomitaban metralla, bastaron horquillas y palos.

Si consentís vivir en esa cloaca...

día más, romperé el clarín y el tambor y despreciaré a los cobardes. Pueblo antiguo que te batiste en días sublimes con gigantes, deja que tiemblen esos que no pueden ser tus hijos, porque esas liebres no pueden haber nacido de los leones.

Jersey, septiembre de 1853.

VII

LUZ

Francia, puesto que estás adormecida, te llamamos los proscritos; las tinieblas tienen oídos, y lanzan gritos las profundidades.

El despotismo rudo y sin gloria, a los pueblos descorazonados cierra la verja espesa y negra de los errores y de los prejuicios.

Cierra bajo llave a la multitud de pensadores obstinados y a los héroes; pero la Idea, batiendo las alas, logrará escapar.

Y como en el año Noventa y Tres emprenderá el vuelo soberano; porque es fácil a pájaro de bronce romper jaulas de hierro.

La obscuridad cubre al mundo, pero la Idea brilla e ilumina, y con su blanca claridad disipa las sombras de la noche.

Es el faro solitario, el rayo providencial; es la lámpara de la tierra que puede encenderse en el cielo.

Apacigua el alma que sufre, es el guía de la vida, enseña a los perversos el abismo y a los justos el puerto.

Cuando se ve entre la bruma, la Idea, con majestuoso vuelo, serena y pura, se remonta en el horizonte misterioso y los fanatismos y los odios huyen de ella ruborizados, aullando al verle, como los perros ladran a la luna.

Fijaos, naciones, en la grandiosidad de la Idea, que desde ahora es la luz que os ha de alumbrar mañana.

Jersey, julio de 1853.

VIII

A LAS MUJERES

Cuando todo se empequeñece, vosotras permanecéis siendo grandes. En vano han adornado con guirnaldas de flores las paredes manchadas de sangre; en vano han abierto los salones de baile, que vosotras, ante esos forajidos transformados en danzarines, encogéis vuestros hechiceros hombros. Vuestra sonrisa divina extermina a esos pícaros. En vano lucen el frac bordado; en vano cubren con guantes las manos ensangrentadas; en vano doran los alamares del vil tricornio; que vosotras os buráis de sus guantes, de sus fraques y de sus esplendores. El imperio reciente está ya enmohecido. Dios os lo ha concedido todo, mujeres; quiso que sólo los alciones hiciesen frente a la borrasca, y que poseyendo la hermosura, poseyeseis también el valor.

Las mujeres en la tierra y nuestros antepasados en el cielo, es todo lo que nos queda ya.

Nuestros ojos se sumergen cada vez más en la noche tenebrosa de la abyección. El pueblo francés, el pueblo mesiás, el forjador del derecho universal cuyo yunque brilla y suena después de sesenta años y cuya fragua incesantemente arde; ese forjador que demolió la Bastilla y que destruyó con ímpetu soberano mil años de monarquía; el pueblo que envolvía en un torbellino a los reyes y a los ejércitos; este pueblo invencible, este pueblo altivo que cuando se irritaba descargaba sus golpes so-

bre el gigante Robespierre y sobre el titán Dantón; ese pueblo tiembla hoy, palidece, se estremece como la hierba al soplo del viento, rechina los dientes, se oculta y enmudece ante Magnán y ante Troplong; ve que devoran sus millones los Fortoul y los Rouhers, y ese pueblo calla.

Nuestros rufianes señores confunden en un presidio de Cayena, abismo de agonías, el heroísmo y la ignominia, y el pueblo calla. Oyese el estertor de los que agonizan en los pontones, ¡y nada! Los niños son deportados a los presidios de Africa; bueno. Si queréis llorar, procurad que no se vean vuestras lágrimas. El verdugo, horrible segador, de pie en su carreta, vuelve de su faena con la cesta llena; nadie chista. Está allí Tiberio-Ezzelin, que se cree escorpión y no es más que una escolopendra y fusila, celoso de Haynan, que puede arrebatarse sus víctimas; el sacerdote le aplaude, viéndole salpicado de sangre. Está allí el César, ese ratón pelado, que dice a los reyes: he aquí mi cetro; y a los miserables: he aquí mi crimen. Este bandido que, bendecido, lavado, consagrado, sublime, vestido con doble púrpura, se sienta sobre la historia, el globo en sus manos y balas de cañón a los pies, nos escupe al rostro ¡y nadie se mueve!

Sólo vosotras, mujeres, ostentáis en las mejillas el carmín de la vergüenza; vosotras sólo os levantáis para demostrar vuestra indignación, con el seno henchido de amargura, con los ojos preñados de lágrimas y silbáis al tirano y consoláis a los muertos, y el buitre tiembla ante el pico de las palomas.

El solitario proscrito exclama: ¡Gloria a vosotras!; porque vosotras sois el sexo tierno y digno, ferviente y devoto para la abnegación y el sacri-

ficio, constante en el sufrimiento, siempre dispuesto a la lucha, así en Betulia como en Francia, sexo cuya alma es heroica, como lo probaron Judit y Carlot; mezcláis la bravura con la melancolía: sois Porcia, sois Cornelia, sois Arria, que se desangra y se sonríe. Conserváis siempre ese espíritu que realza y que sostiene a las naciones derribadas, que produce a las Judit y a los siete Macabeos, que en Juana de Arco hace revivir a Amadis, y en el camino de los tiranos, se interpone, para asustar los de su gloria efímera, poniendo unas veces a una virgen y otras veces a una madre.

Tanto es así, que en los momentos que en nuestras visiones contemplamos en el cielo, sacudiendo la espada flameante, la aparición alada de San Miguel, que huella con los pies la hiena cubierta de escamas, decimos:—«Esa es la Gloria, esa es la Libertad», y al contemplar su gracia y hermosura, buscando el nombre que debemos aplicarle, creemos que el arcángel debe ser mujer y no hombre.

Jersey, mayo de 1853.

IX

AL PUEBLO

Se te parece; es terrible y pacífico; guarda con el infinito magnífico nivel; tiene su movimiento y su inmensidad. Le apacigua un rayo y le agita un soplo. Unas veces lanza un canto armonioso y otras un grito ronco. Los montes se agitan con facilidad en las profundidades de los abismos, en los que germinan las trombas; hay abismos ignorados en los que los exploradores han desaparecido, y en sus encimas el coloso zozobra; como tú a

déspotas, ellos destruyen los navíos; el faro es para ellos lo que para ti el espíritu; unas veces aniquila y otras acaricia, y sólo Dios sabe el por qué. Sus ondas, en las que se oyen como choques de armas, llenan la noche sombría de monstruosos murmullos; y comprendemos que ese oleaje, como tú, abismo humano, rugiendo esta noche, devorará mañana. Su ola es tan terrible como la espada; canta un hermoso himno a Venus que sale. Su azul inconmensurable acepta en su espejo a todos los astros del cielo; tiene la fuerza ruda y la gracia sublime; arranca un peñasco y respeta una hebra de hierba; arroja, como tú, su espuma a las cumbres más altas; pero, pueblo, el Océano no se engaña nunca, cuando con sus ojos fijos y en pie sobre la playa, espera pensativo que llegue la hora de la marea.

Julio de 1853.

X

Traed vuestros calderos, hechiceras de Shakespeare, brujas de Macbeth; coged todo el imperio, el antiguo y el moderno; en el mismo hornillo poned al grueso Berger, al conde Frochot, a Maupas, a Réal, a Hullin, a Espinasse, el día de San Napoleón y el día de San Ignacio, a Fould, a Maret, a Fouché gastado y a Troplong podrido; retirad de él a Austerlitz, pero añadidle Satory; inclinad al calentador, con el pelo despeinado, con la mirada ardiente y con la garganta desnuda; soplad a pleno pulmón en el fuego; haced que la pequeñez se desprenda de la grandeza. Haced evaporar a Baroche y a Talleyrand, al sobrino que desciende, mientras el tío sube... ¿y qué os quedará en el fondo del crisol? La ignominia.

Jersey, 26 de mayo de 1853.

XI

EL PARTIDO DEL CRIMEN

«Amigos y hermanos: en presencia de ese gobierno infame que es la negación de toda moral y el obstáculo de todo progreso social, en presencia de ese gobierno asesino del pueblo y violador de las leyes, de ese gobierno nacido de la fuerza, y que por la fuerza ha de perecer, de ese gobierno elevado por el crimen y que ha de ser derrotado por el derecho, el francés digno del nombre de ciudadano no sabe ni quiere saber si hay algo de apariencias de escrutinio, de comedias de sufragio universal y de parodias de llamamiento a la nación; no se informa de si hay o no hombres que votan y hombres que hacen votar, y de si hay un rebaño que se llama Senado y delibera, y otro rebaño que se llama pueblo y obedece; no se informa de si el Papa va a consagrar en el altar mayor de Nuestra Señora al hombre que, no lo dudéis, en el porvenir inevitable infamará el patíbulo el verdugo; en presencia de Bonaparte y de su gobierno, el ciudadano digno de tal nombre no hace más ni tiene que hacer más que una cosa: cargar su fusil y esperar la hora.»
«Jersey, 31 de octubre de 1852.»
(Declaración de los proscritos republicanos de Jersey que a propósito del imperio publicó el *Monitor* francés y firmaron por copia conforme los republicanos *Victor Hugo, Faure, Fombertaux*.)

«Censuramos con la energía más vigorosa de nuestra alma los innobles y culpables manifestos del PARTIDO DEL CRIMEN.»
(*Riancey, periódico La Unión* 22 de diciembre.)

«EL PARTIDO DEL CRIMEN vuelve a levantar la cabeza.»
(*Todos los periódicos éliseos en coro*.)

Ese gobierno con máscara imperial, ese Bonaparte apócrifo, que no se sab

si es un Beauharnais o un Verhuell, gran nación como a una bestia feroz; que entregó, para crucificarla, la Roma republicana a la Roma católica, ese asesino de la República, conducido por el ciego destino, que se apoderó a la fuerza del gobierno del país, ese glotón que remeda al ambicioso, ese lobo a quien suelto mi jauría de versos, convirtió un día de gloria y de orgullo en día de oprobio y de deshonra, y con un crimen manchó la victoria de Austerlitz y la historia. Sobre sus trofeos el bandido empuñó el puñal, destruyendo al propietario, al obrero y al campesino, dejando tras sí un montón de cadáveres.

Tras de las rejas de la ciudad cobarde, está él, sable en mano, arrojado sobre su juramento, matando las leyes y los gobiernos, la justicia, el honor, todo, hasta la esperanza; tiñendo de sangre, de tu sangre pura ¡oh Francia! todos los ríos, desde el Sena hasta el Var. El ha conquistado el Louvre mereciendo Calmart, y reina, descansando su talón vil y lleno de fango sobre tu boca ensangrentada. Esto es lo que hace; no exagero.

Y cuando nosotros, a quien nos indignan él y todos sus satélites, creyendo presenciar un sueño horrible, decimos con repugnancia y con horror: «¡Ciudadanos, a las barricadas! ¡Abajo ese sable abyecto, que ni siquiera es espada! ¡Vivan la libertad y el derecho!» cuando gritamos así, nos llaman audaces y malvados; para ellos somos bandidos, deseamos el asesinato y las guerras civiles, y somos unos incendiarios.

He aquí lo que tiene por justicia, por virtud y por gobierno ese hombre; reinar por medio de la carnicería, pisotear el derecho, ahogar el pensamiento, obligar a que retroceda el Ochenta y Nueve que avanzaba; suprimir las leyes, la tribuna y la prensa; encadenar a la

restaurar el abuso en provecho de los hombres sin conciencia; reinar en los cuarteles desde el fondo de una alcoba; entregar el pueblo a los voraces Troplongs; quedarse con los palacios y con los millones, haciendo cínicamente vida de Sátrapa; torturar a los héroes en los presidios execrables; desterrar a los que tienen firmeza y dignidad; vivir rodeado de rateros, como vivía en otro tiempo el déspota de Bizancio; y ser el brazo que asesina y la mano que baraja.

Pues bien, desde el destierro y a pesar del incienso y de la adulación, tenemos el valor de confesar, a la faz de los tiranos y a la faz de los ejércitos, las siguientes verdades: — «Violencia, injusticia y fuerza, son vuestros nombres; tenéis de vuestra parte a los soldados y a los cañones, sois un coloso y nosotros somos átomos; pues bien, ¡guerra!; pero lucharemos, vosotros por la opresión, nosotros por la libertad. Señalaremos los pontones y las catacumbas, y exclamaremos ante los sepulcros abiertos: temed, franceses, arrepentiros un día de las lágrimas de los inocentes y de los huesos de los mártires. Dirigiéndonos a la patria, la decimos: resucita, sal de la tierra, ensangrentada y bella, con la espada en una mano y la ley en la otra, destruye a ese hombre, arranca de tu seno a ese Nerón parásito.»

Pues bien; lanzar esos gritos desde la proscripción, para desenmascarar al hipócrita, es cometer un crimen. He aquí lo que dicen, Dios mío, en tu presencia.

¡Cómo! Las manos de esos criminales están humeantes de sangre; los

mueertos, vírgenes, niños, ancianos y otros, los vencidos sobre los que Manderín prevaleció; nosotros, para que la pudrirse en el sepulcro, y París está inundado de sangre. Ante tus propios ojos, ¡oh Francia!, su falso juramento se cierne en el espacio, y he aquí cómo habla ese montón de seres inmundos: —¿Qué ruido es ese que turba mi sueño?—exclama un individuo cebado, triunfante y de rostro bermejo.—Todo va bien. Los comerciantes triplican su clientela y nuestras mujeres no son más que flores y encajes.—¿De qué se quejan ahora?—dice otro quidám, que vaga por el asfalto y el macadán.—Yo gano todos los días trescientos francos en la Bolsa; el dinero corre hoy día como el agua de un río; los albañiles tienen tres libras y media; ¡esto es magnífico! ¡París está vuelto de arriba abajo! Yo aplaudo los bailes y las églogas de ese príncipe de quien, en otro tiempo, injustamente renegué. ¿Qué me importa que de vez en cuando caiga un imbécil? En cuanto a los muertos, muertos están; ¡paz a esos necios! La república roja aulla en sus cavernas. Libertad, derecho, progreso, son tonterías. Ayer, me embolsaba aún una prima de un franco; hoy, es un poco duro confesarlo, convengo en ello, pero soy franco, juego a la baja del honor por el alza de las rentas.

*
* *

¡Horroroso lenguaje! Pues bien, oídlo bien, oídlo de una vez para siempre: Nosotros, los vagabundos, los dispersos por todos los caminos, los que erramos sin pasaporte, sin nombre y sin hogar; nosotros, los proscriptos, a quienes nada doblega; que no podemos consentir en que un pueblo se embrutezca; nos-

drín prevaleció; nosotros, para que la libertad renazca y la ignominia muera y que en todas las frentes brille el honor; para aplastar romanos, germanos, lombardos y húngaros; para que fulguren los rayos de la República, sol de todos los derechos, madre y centro de la Europa; para reconciliar los palacios y las cabañas; para que brote la flor de la fraternidad; para fundar del trabajo el derecho incontestable; para libertar a los mártires de los presidios infames; para devolver el hijo al padre y a la mujer el marido; para, en fin, que este gran siglo y esta nación, librándose de Bonaparte salga también de la abyección; nosotros nos declaramos prontos—prontos, ¿nos entendéis? el sacrificio es todo, el sufrimiento es nada—a hacer la ofrenda de nuestra vida, si es preciso, cuando sea llegado el momento.

Tenedlo entendido; si turban vuestras orgías y vuestros goces nuestras justísimas quejas, sufridas, que éste es vuestro castigo. Nunca permitiremos que embrutezcáis al pueblo, y hasta lanzar nuestro postrer aliento, llamaremos y excitaremos para que venga a socorrer a la Francia, que está casi muerta bajo el peso de las cadenas, a la insurrección santa que promovieron nuestros abuelos y hasta invitaremos a Dios para que fulmine sus rayos contra tanta ignominia. Preferimos que la suerte nos aplaste bajo su rueda, a encharcarnos en ese inmundo cenagal.

Jersey, noviembre de 1852.

XII

Se dice:—«Sed prudentes.» Otros aconsejan:—«El que quiere herir a Nerón se arrastra o se desliza y no se hace